

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y PROGRESOS.

SIGLO TERCERO.

ARTICULO I.

Retrato político del imperio romano, y de las naciones confinantes.

Luego que Severo llegó á estar tranquilo poseedor del trono por la destruccion de sus rivales, y que hubo sacrificado á su política, sin perdonar á las cabezas mas ilustres, á todos los que podian hacerle temer que se renovasen las facciones, el imperio comenzó á respirar y consolidarse por el talento militar del príncipe y su aplicacion al gobierno. El nombre romano hizo tambien temblar á los bárbaros, y los reyes de las naciones vecinas eran contenidos por nuestros exércitos y generales experimentados. Sin embargo las apreciables qualidades de este emperador no pudieron compensar los males que causaron sus vicios, sobre todo su avaricia y su crueldad, que casi le igualaron á los odiosos tiranos que habian deshonorado la púrpura imperial ántes de él.

Caracala, homicida de su padre y de su hermano, imitó estos horribles modelos, y si no los excedió, es porque parece imposible á los mismos malvados aumentar el crimen, quando ha llegado ya á su colmo. El espíritu de sedicion, de que el talento de su padre habia impedido se propagasen las semillas, fermentó por todas partes baxo un príncipe cobarde y detestado. Su perfidia acabó de conmover las naciones zelosas que habia largo tiempo amena-

zaban á las fronteras del imperio; el conocimiento que adquirieron de su debilidad por los ciudadanos y soldados, á quienes la tiranía obligaba á buscar algun asilo entre ellas, no tardó en hacerlas emprendedoras. El hierro terminó sus dias y su reynado, que no excedió de seis años.

Macrino que habia dispuesto su muerte, recogió el fruto de ella; pero su imprudencia, su dureza para con los soldados, y el poco cuidado que tuvo de captarse los generales, le precipitaron al cabo de catorce meses de un trono, cuyo camino le habia abierto el asesinato.

Se hizo elevar á él el jóven Eliogábalo, de edad de catorce años, y ya consumado en todos los vicios. Su reynado que no duró sino cerca de quatro años, aun fué demasiado largo por los males de sus vasallos, pues hizo ver al mundo que se hubiera podido creer que despues de Neron, Calígula, Domiciano, Cómodo y Caracala, restaban aun nuevas extravagancias, y crímenes inauditos que cometer. Fué apuñalado con su madre Julia, digna por la horrorosa licencia de sus costumbres, y las travesuras de su espíritu, de haber dado la vida á tal hijo, y de perderla con él.

Un rayo de felicidad pareció asomar al mundo, quando Alexandro Severo, primo é hijo adoptivo de Eliogábalo, que le habia creado César, fué llamado al imperio. Este príncipe esclarecido, sóbrio, justo y religioso, habia sido educado en la virtud por su madre Julia Mamaea que pasaba por christiana. En estos tiempos mas felices la aurora de su reynado fué seguida de un dia sereno y durable; pero los hombres se habian hecho incapaces de conocer la felicidad, perdiendo el gusto de la virtud: y estos romanos que hácia el fin de la república, y baxo el feliz reynado de Augusto, habian templado con la dulzura y urbanidad antigua la austeridad de sus costumbres, se habian llegado á hacer feroces, insociables, groseros en sus placeres, y abandonados á los mas infames excesos. No sabian apreciar los buenos príncipes, y habian llegado á tal grado de corrupcion, que solo gustaban de unos soberanos tan malvados como ellos. Alexandro, Aureliano, Probo, tres emperadores que hubieran podido hacer la felicidad y la gloria del mundo, perecieron como Eliogábalo y Caracala, á quienes la lisonja y la baxeza habian erigido templos. La traicion, la rebelion y el ase-

sinato cercaban el trono. Por estos caminos sangrientos se llegaba á él, y apenas se veían colocados, quando eran precipitados por el hierro de los asesinos, de suerte que de casi treinta y dos príncipes que llevaron el nombre de emperadores en este siglo, apenas hubo algunos que terminasen su carrera por una muerte natural.

Quando una nacion largo tiempo virtuosa se ha depravado enteramente, no conoce ya ni el amor de la patria, ni el sentimiento de la gloria, que eran en otro tiempo sus grandes móviles. La ambicion, la ávaricia, la venganza, y los zelos del mando, son los dos resortes que mueven á los grandes, en tanto que el pueblo infeliz y corrompido queda en un entorpecimiento que toca en estupidez. Se puede atacar el estado por de fuera, despedazarle por dentro, sin que nadie crea deberse interesar en la fortuna pública, á menos que no sea impelido por su propio interés. Tal fué el estado del imperio desde Severo hasta Diocleciano. Y aunque este príncipe tuvo grande talento para la guerra y el gobierno con una ambicion desmesurada, de tal suerte se disgustó de mandar á unos hombres viciosos, despreciables, y siempre prontos á seguir al primer sedicioso que los aquadrillase, que abdicó la púrpura imperial, y pasó en su retiro una vida tranquila, despues de haber hecho todo lo que un grande hombre podria hacer en estos tiempos infelices, por conservar la herencia de los césares que estaba para aniquilarse.

El imperio fué continuamente atacado durante este siglo por una multitud de pueblos bárbaros; en Asia por los persas, los partos, y los armenios; en Africa por las diferentes tribus de árabes que confinaban con él; en Europa por los godos, los herulos, los alemanes y un tropel de pequeñas naciones conocidas por el nombre de francos, que por todas partes hacian esfuerzos contra las fronteras. Estos numerosos enxambres de guerreros penetraron en las provincias, formaron establecimientos, y obligaron á los antiguos dueños que desde el principio les habian comprado la paz á tratarlos como legítimos poseedores de las comarcas que habian invadido. Este estado de la guerra entre los pueblos del Norte, y los romanos no se acabó sino con el imperio.

El imperio fué continuamente atacado durante este siglo por una multitud de pueblos bárbaros; en Asia por los persas, los partos, y los armenios; en Africa por las diferentes tribus de árabes que confinaban con él; en Europa por los godos, los herulos, los alemanes y un tropel de pequeñas naciones conocidas por el nombre de francos, que por todas partes hacian esfuerzos contra las fronteras. Estos numerosos enxambres de guerreros penetraron en las provincias, formaron establecimientos, y obligaron á los antiguos dueños que desde el principio les habian comprado la paz á tratarlos como legítimos poseedores de las comarcas que habian invadido. Este estado de la guerra entre los pueblos del Norte, y los romanos no se acabó sino con el imperio.

ARTICULO II.

Estado del politeismo y de la filosofia.

Acabamos de ver que hácia fines del siglo precedente la idolatría cada dia iba perdiendo de su antiguo lustre, y que á ménos de ser ignorante y supersticiosa como el pueblo, se avergonzaria de una creencia que deshonoraba la razon. Esta disposicion de los espíritus no hizo sino aumentarse por los progresos de la luz evangélica y los esfuerzos de la filosofia. Lo cierto es que los oráculos habian llegado á enmudecer á presencia de los christianos, y que reynaba un melancólico silencio en los templos mas célebres en otro tiempo por mas nubes que hayan procurado esparcir sobre un hecho tan glorioso para la religion, y que sin duda no ha sido contestado por otro motivo, estando apoyado en las quejas de los pontífices y sacerdotes idólatras, que se valian de este pretexto para fomentar el odio del pueblo contra los christianos. Parecia imposible dexar de ver la rapidez con que el nuevo culto se elevaba sobre las ruinas del antiguo. y por poco que se reflexionase, no se podia dexar de conocer que habia algo de divino en una religion que por sus propias fuerzas triunfaba de todo lo que el zelo, el saber, y la autoridad se esforzaban á oponerle.

Entretanto el proyecto de conciliar el politeismo con la razon era siempre la principal ocupacion de los filósofos, que ni querian hacerse christianos, ni pasar por sectarios de una religion absurda. Este era el único objeto al qual ellos dirigian todos sus conocimientos, y toda la actividad de su talento. Los christianos combatian á los defensores de la idolatría por unos medios tan poderosos, que les era imposible resistir á sus ataques, á ménos que no hiciesen una grande reforma en la teología pagana, y que no mudasen absolutamente de sistema.

Ammonio, célebre filósofo de Alexandría, autor, ó á lo ménos restaurador del eclecticismo, se aprovechó de esta idea que agradaba á su genio grande y sublime; abrazó todas las relaciones, y empleó todo su talento y sabiduría en realizarla; pero llevando sus miras mas allá de la execucion de este designio, emprendió reducir todas las sectas filosóficas, y todas las religiones a un plan metódico, cuyas partes formasen una union racionada.

La existencia de un Sér infinito, necesario, independiente y único, era la basa de este sistema filosófico y religioso. Despues de él se seguian los espíritus que eran unas porciones de substancia, á los quales habia señalado diferentes funciones, tanto en el órden moral como en el físico. Todos estos entes emanados del Supremo, y sometidos á sus leyes, estaban distribuidos en diferentes clases, y esparcidos en toda la naturaleza como otros tantos agentes secretos, los unos mas perfectos y mas poderosos exercian un imperio mas extendido: los otros mas dependientes y mas limitados en sus facultades intelectuales estaban reducidos á una esfera mas estrecha. De esta última clase era el alma del hombre; pero esta podia elevarse á un orden superior por su comercio con los espíritus mas puros y excelentes. Este era el objeto de todos los cultos establecidos en el mundo, el fin adónde la filosofia se proponia conducir á los hombres: y todos los fundadores de las diferentes religiones que dividian el universo no habian tenido otra mira.

Por este sistema que Ammonio habia revestido de todos los encantos que la eloqüencia pudo derramar sobre materias abstractas, se pretendia quitar á la religion popular lo que tenia de chocante con la razon, y con el christianismo todo lo que parecia tener de maravilloso y de divino. La idolatria tal como ella habia existido hasta entónces en la opinion de los hombres, no era sino una corrupcion del culto primitivo, y para reducirla á su antiguo estado no era menester mas que desarraigar esta multitud de dioses de que el pueblo habia llenado el cielo, y poner en su lugar á un Dios supremo, que da impulso á todo quanto se obra en el mundo por los espíritus prontos y fieles para executar sus órdenes. Entonces el culto de los dioses nada tendria de contrario á la razon, seria tambien infinitamente útil á los hombres haciéndoles capaces de obrar prodigios por los secretos de la theurgia, como habian hecho Pitágoras, Apolonio Tiano, y otros muchos que se igualaban á Jesu-christo.

Tales eran las ideas religiosas de los filósofos en este siglo, y este sistema que es tal vez el último esfuerzo del ingenio humano, obrando por sus propias luces de tal suerte se habia extendido en el mundo, que todas las sectas se habian unido al eclecticismo; y quantos sabios habia en él de genio curioso, de talento despejado y profundo, y aplicados á investigar la verdad, adoptaron esta doctrina.

ARTICULO III.

Nuevos progresos del christianismo. Combates de la Iglesia. Persecuciones.

MARTIRES.

Los progresos continuados de la fe, los grandes hombres que de todas partes venian á someterse á su yugo, y la firmeza que la sociedad christianá adquiria de dia en dia, eran motivos bien propios para excitar los zelos de aquellos que por una falsa sabiduría resistian á la luz de que estaban rodeados. Este era el principal estímulo que animaba á los filósofos en las profundas meditaciones á que se habian dedicado para reducir el politeismo á este plan racionado que acabamos de trazar; pero el espectáculo que presentaba en todas las partes del mundo la vista exterior de la Iglesia y su prodigiosa extension, obras de dos siglos entre las revoluciones del imperio, y los furores de la persecucion, producian las pasiones mas violentas en el corazon de los sacerdotes idólatras y del pueblo, cuyos pensamientos dirigian. Un odio que tanta sangre derramaba no habia podido apagar, ni podia impedir sus efectos, por mas que era excitado por las cabezas de la religion dominante, y tenia á los soberanos dispuestos á sostenerle con toda su autoridad.

Sin embargo el christianismo se afirmaba en todos los paises en que habia penetrado; todo lo que se habia hecho para aniquilarle en su origen, todo lo que se hacia entónces para impedir sus progresos, parecia darle nueva fuerza, y favorecer mas y mas su acrecentamiento. Los mártires mostraban un esfuerzo superior al de los demas hombres, y un vivo deseo por los bienes que esperaban, cuyo principio no podia estar sino en una persuasion íntima de las verdades de la fe. Los pastores, los catequistas, todos los que estaban encargados de algun ministerio en la Iglesia, y tambien un grande número de simples fieles brillaban igualmente por el esplendor de las mas sublimes virtudes y de un saber el mas sólido. Los escritos de los christianos estaban llenos de unas ideas tan nobles, y de una moral tan pura y tan perfectamente adaptada á las

necesidades de la humanidad, que obscurecían todo lo que los sabios y los filósofos habían discurrido de más exacto sobre los grandes objetos en que se habían ocupado toda su vida. Las costumbres de los cristianos puestas en contraste con las de los demás hombres tenían alguna cosa tan extraordinaria y tan penetrante que no podía dexar de tocarse. Su desinterés, su paciencia, su piedad oficiosa, su modestia, en fin aquel ayre de candor y de gravedad que aparecía en su modo y en toda su conducta, inspiraban el respeto y la admiración por unos hombres tan diferentes de los otros, y por la religión que los había formado.

Tal era la disposición de los ánimos respecto del cristianismo al principio de este siglo: por una parte el odio más emponzoñado, por otra el aprecio y la veneración. De estos dos principios que obraban con todo su vigor resultó que la Iglesia fuese probada por las persecuciones más sangrientas que pudo sufrir, y que llegase á hacerse más brillante que nunca por los nuevos establecimientos que formó entre unas naciones hasta entonces desconocidas, y por los grandes hombres que produjo.

Severo, á quien hemos pintado como un príncipe adornado de muchas bellas qualidades, no fué de todos los emperadores de su siglo el que ménos persiguió á los cristianos. La persecución que suscitó contra ellos fué ocasionada por un edicto que prohibía á los judíos hacerse prosélitos. Los cristianos fueron incluidos en esta prohibición; y esto fué para sus enemigos motivo de perseguirlos sin consideración, y el emperador hallándose en Alexandria en donde había una iglesia de las más florecientes, hizo executar allí mismo su ley con el mayor rigor. Hubo en esta ciudad y en todo el Egipto un grande número de mártires; y el fuego de este nuevo incendio, habiéndose comunicado á las demás provincias, se hizo bien presto general causando horribles estragos en toda la Iglesia. Los galos experimentaron sus efectos, y la iglesia de Leon, célebre ya por los testimonios que había dado á la fe en el siglo precedente, se colmó de una nueva gloria por la constancia de san Ireneo su obispo, y de los que murieron por Jesu-christo. La persecución que se había encendido hácia el fin del reynado de Severo, se apagó enteramente en el segundo año de Caracala, y la Iglesia continuó go-

zando de una grande calma durante el resto de su reynado, y baxo los de Macrino y Eliogábalo que fueron tan cortos. Alexandro Severo, príncipe religioso y amante de la justicia, lejos de hacer mal á los cristianos, les abrió su palacio, y los admitió á los empleos de su corte. Se dice también que puso á Jesu-christo en el número de las almas santas, á las que daba culto secreto en una capilla interior en donde había colocado sus imágenes. Mammea su madre instruida por Orígenes era cristiana, y protegía con todo su poder á los que profesaban la religión que ella había abrazado.

Dios que tenía sus designios, y que quería convencer al mundo de que su obra era independiente de todos los medios humanos, no permitió que esta prosperidad durase mucho tiempo. La persecución de Maximino, príncipe duro y feroz, hizo bien presto olvidar la tranquilidad pasajera que se había gozado. Los temblores de tierra que destruyeron muchas ciudades, la hambre, la peste, y otras calamidades, que desolaron el imperio, fueron imputadas á los cristianos; este era el recurso ordinario de los pontífices del paganismo, y este medio les salía siempre bien; tan dispuesto estaba el pueblo ciego y precipitado en sus pasiones á favorecer su falso zelo. Lo que esta persecución tuvo de particular, fué que recayó principalmente sobre las cabezas de la Iglesia. Se esperaba que el rebaño fuese bien presto esparcido, si se conseguía el fin de exterminar á los pastores que velaban en su defensa y en su instrucción. Pero este nuevo género de pruebas no servía sino para ensalzar más y más la gloria de la Iglesia, y hacer conocer la firmeza del fundamento sobre que este edificio divino está apoyado.

Los Príncipes que sucedieron á Maximino no hicieron más que aparecer, y no tuvieron tiempo de hacer bien ni mal á la religión. Algunos escritores han pretendido que Felipe, que subió al trono después de Gordiano III, era cristiano; también han añadido que este príncipe estando en Alexandria en 244, y habiéndose presentado para entrar en la iglesia la víspera de la pascua, san Babiles, obispo de esta ciudad, le había negado la entrada hasta que se pusiese en el lugar de los penitentes, á causa de la muerte que había mandado dar á su predecesor, y que se sometió humildemente á esta pena; pero este hecho es por

lo ménos dudoso y aun se podia extender la duda á la cristiandad de Felipe, viendo al senado protector declarado de la religion nacional colocarle en el número de los dioses despues de su muerte. Lo que hay de cierto es que favoreció mucho á los christianos, y que la Iglesia se extendió considerablemente en su reynado.

Estos intervalos de tranquilidad eran muy cortos, y no parece que Dios los permitia sino para dar tiempo á los discípulos de la fe de prepararse á nuevas borrascas. En la que se levantó baxo del emperador Decio, y que duró sin interrupcion hasta el fin de este siglo baxo de Valeriano, Aureliano, Maximiano y Diocleciano, es decir durante un espacio de casi cincuenta años, no se puede imaginar quanta sangre christiana fué derramada de un término á otro del imperio por las órdenes de estos príncipes inhumanos y de sus ministros que llamaban la crueldad al socorro de la supersticion que gemia en sus templos desiertos. Se exterminaron millares de fieles de todas clases y de todas edades por las execuciones bárbaras que se reiteraron frecuentemente, y fueron degolladas legiones enteras, tales como la Tebana compuesta de 6600 hombres todos christianos.

Lo que prueba acaso mejor la divinidad de la religion christiana que todos los razonamientos de sus apologistas, son las nuevas conquistas que hizo, y los pueblos numerosos que abrigó en su seno, al mismo tiempo que era destruida por el hierro y por el fuego que los perseguidores no cesaban de emplear contra sus hijos. La fe que no habia penetrado en las Gaulas hasta el fin del primer siglo ó principios del segundo, se extendió considerablemente en este. El Papa san Fabian envió á estas vastas provincias una célebre mision, á la qual las iglesias de Arles, Tolosa, Narbona, Tours, Limoges, Clermont y Paris deben su fundacion. En las guerras continuas de los romanos contra los bárbaros que caian sobre el imperio desde las extremidades del Norte, los prisioneros llevaban frecuentemente la luz del Evangelio á sus vencedores. Por este camino se formaron iglesias en la Germania, en el pais de los celtas, y entre los escitas y los godos, miéntras que las diferentes tribus de estas naciones belicosas que formaban establecimientos en el seno mismo del imperio, se hacian christianas por la persuasion de los antiguos habitantes de

las comarcas en donde se habian fixado. En el Egipto, en la Persia y en todo el Oriente los christianos se multiplicaban de una manera increíble. Ciudades enteras abjuraban el culto de los ídolos, como aconteció en Neocesarea que fué convertida por los milagros de san Gregorio Taumaturgo, de modo que no se hallaba en ella un solo idólatra. La Gallia Bélgica fué tambien el objeto de una mision de que era la cabeza san Eucario. Nada hay mas conocido en los martirologios que el nombre de Riccio-Varo, y las crueldades que exerció baxo las órdenes de Maximino contra los christianos de Tréveris que hacia entónces parte de esta provincia. La España y la Inglaterra en donde la fe recibida en el siglo precedente habia hecho tantos progresos, tuvieron tambien la gloria de dar mártires á la Iglesia en éste. Así el Occidente disputaba el zelo y adhesion por la religion con el Oriente que habia sido su cuna.

En los intervalos de la paz de que gozaba la Iglesia de tiempo en tiempo, los obispos erigian iglesias al verdadero Dios y los fieles se juntaban en ellas para celebrar los sagrados misterios. Así se veian en Roma desde el tiempo de san Fabian, y Orígenes cuenta la destruccion de las iglesias entre los males que causaban la persecucion.

Todos estos hechos reunidos aseguran de una manera incontestable que la religion apoyada sobre sí misma, ó por mejor decir, sobre el brazo de Dios que la sostenia, abatió en el espacio de tres siglos los obstáculos que se le opusieron, y que si no era todavía la religion nacional del imperio, era á lo ménos la dominante entre los romanos, y lo seria bien presto en todas las naciones.

ARTICULO IV.

Personages célebres de la Iglesia.

Muchos hombres grandes sostuvieron la gloria del nombre christiano en este siglo; los mas célebres son Tertuliano, Orígenes, y san Cipriano. Vamos á delinear ligeramente los principales rasgos de su carácter, y harémos conocer en pocas palabras los que sin dexar de ser recomendados por sus virtudes, se han distinguido por trabajos importantes, y obras dignas de pasar á la posteridad.

Tertuliano nacido en Cartago, capital del Africa, el año